

REVISTA INFANTIL
(APARECE LOS JUEVES)

M.R.

El Colegial

PRECIO
\$1.-

AÑO I
18 DE DICIEMBRE DE 1941
N. 36



LA SIRENA



EL LOBO DE UN PELO
(OTARIA JUBATA)

CLASE AVES

Este hermoso animal mamífero marino, junto con los otaridos de su misma especie, las nutrias y las focas constituyen el Orden de los Pinípedos animales que han modificado las extremidades anteriores en verdaderas aletas semejante a las aletas de los peces, se les designa por Pinípedos. En las patas posteriores que pueden extender hacia atrás, estos animales pueden formar un verdadero timón de profundidad muy eficaz, además, la forma tan especial del cuerpo fusiforme y contraído y repleto de grasa, les proporciona medio eficaz para hendir el agua fácilmente.

Están desprovistos de orejas por completo, salvo las Otarias que poseen unos rudimentos. Estos animales viven de preferencia en las regiones polares. En Chile se les conoce con el nombre vulgar de Lobos, de un pelo; los lugares frecuentados por estos mamíferos se llaman Loberías. Son Ictiofagos y suelen causar grandes estragos en los peces su alimento favorito.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Musco del Colegio San Pedro Nolasco, de Santiago).

APARECE LOS
JUEVES

Castilla 6562
—Correo 4—
Santiago de Chile.

REVISTA INFANTIL

El COLEGIAL

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:
\$ 1.00

SUSCRIPCIONES
EN CHILE:
Anual . . \$ 50.—
Semestral . . 25.—

AÑO I

Director Propietario: ELEODORO CARO C.
Of. Díez de Julio 1140.

N.º 36

MI CHARLA DE HOY

¡Yo soy un valiente! exclaman muchos niños irguiéndose llenos de orgullo ante sus compañeros. ¿Serán verdaderos valientes? A veces pienso que la valentía no consiste solamente en soportar sin quejarse un dolor de muelas, ni llegar al fondo de la casa en medio de la obscuridad sin tiritar de miedo. Sin duda que estos actos demuestran cierto dominio sobre la voluntad y sobre los nervios; pero esto sólo necesita un simple esfuerzo de energía para llevarlo a cabo.

Pero ya resulta un poco más difícil y más admirable tener la valentía de dominarse a sí mismo en presencia de cualquier emergencia. Permanecer dueño de sí mismo es una tarea mucho más difícil y que constituye un acto de verdadero heroísmo. Claro es que este resultado no se consigue en un día, sino ejercitando sin cesar la propia voluntad, afirmándola y transformándola poco a poco.

Desgraciadamente, todo en este mundo tiene dos caras; la mala y la buena. La virtud del valiente, en este caso, debe ser dejar a un lado la mala cara para preocuparse principalmente de la buena, de la que nos produce alegría, de la que nos da valor para seguir animosos en nuestros trabajos! Trátemos, pues, de no perder la calma por cualquier motivo y tratemos de sonreír siempre, aun cuando la adversidad toque nuestra frente con su dura vara de acero. Y tengamos siempre presente el popular refrán que constituye toda una sabia lección de entereza y valentía; **A MAL TIEMPO, BUENA CARA** ¡Hasta el Jueves, amiguitos!

EL COLEGIAL





CAPITULO VII

—Bueno, dijo al cabo de un rato; creo que todo esto se encadena. Supongo que tú te preguntarías qué había sido de mí, ¿verdad?

—¿Por qué no? Tú tenías todo el dinero de la sociedad y supongo que también se hallan en tu poder los papeles del buque.

—Exactamente, reconoció Martín Galt. Todo eso lo tenía, pero déjame que te explique.

Y en una forma sintética le explicó a su compañero todo lo que le había ocurrido, desde que salió del hotel con la idea de ir al barco, hasta que consiguió escapar de las garras de los secuaces de Hip Sing. Cuando Martín Galt terminó su relato, su compañero lo señaló con el tubo de la pipa.

—Es lo que yo te decía, exclamó. Se trata del negocio más idiota que podías haber imaginado. Pero no, tú no quisiste hacerme caso. Tú no estabas interesado en el tesoro. Sólo querías el comercio legal que hemos hecho siempre. Bueno, si yo veo el lado legal de todo esto, que me lleven los diablos. Ya me dí

RECUERDE: Wrenn, uno de los más importantes armadores de Singapore, ofrece en venta al capitán Martín Galt, un bergantín llamado "Lucy M", que había pertenecido antes al pirata Barry Lark. Galt acepta la compra, como también el dar un 50 % a Wrenn, en caso de que el tesoro del pirata sea encontrado en el barco. El chino Hip Sing, también se interesa en la compra del buque, secuestra a Galt y le exige le venda el "Lucy M", porque de todas maneras él impedirá su salida del puerto. Mientras tanto, Clemente Worth, el compañero de Martín lo espera impaciente en el barco; sospecha que algo le ha sucedido a su amigo, y se disponía a salir, cuando divisa una luz en la cámara principal. Al abrir la puerta, encuentra numerosos hombres ocupados en registrar todo lo existente dentro de la cámara; era nada menos que Geidón el cómplice de Hip Sing, quien se hace pasar por el capitán Galt, por lo que Worth enfurecido comienza una lucha encarnizada. Geidón y Worth, caen debajo de un mueble, donde encuentran la clave del misterio. Por otra parte, Galt, trata nuevamente de recuperar su libertad y después de una serie de incidentes, logra llegar al barco donde con sorpresa es recibido por Clemente, quien presentaba numerosas heridas, señales de una lucha, al igual que él.

cuenta de que si tú le comprabas algo a Wrenn te iba a engañar. Y ahora deja que te cuente lo que me ha ocurrido a mí.

Cuando Clemente Worth hubo terminado su relato, Martín sacudió la cabeza, diciendo:

—Esto es fuerte; pero creo que no servirá de nada preocuparnos demasiado. Tú no estás gravemente herido. Los destrozos de la cámara

ra pueden ser fácilmente reparados. Lo peor de todo esto, es que los hombres de Hip Sing se han quedado con todo el dinero que tenían; los para manejarnos, cuando me asaltaron. Pero debemos pasar por alto eso. Algún día les cobraré esa cuenta. Creo que Geldón y los suyos habrán quedado satisfechos después de haber tenido otra oportunidad para registrar el buque. Y si no lo están, peor para ellos, pues nosotros nos vamos a hacer a la vela muy pronto. Barry Lark puede haber escondido su tesoro en alguna otra parte; pero por lo que a nosotros se refiere no pasa de ser un sueño de opio.

—¿Te parece? repuso Worth con tono sarcástico. Bueno, permíteme que te diga que yo he conseguido la clave de todo este misterio. Desgraciadamente, también lo han conseguido Geldón y los chinos. Ahora que tenemos el tesoro en nuestras manos, supongo que no pensarás en el comercio legal de antes, ¿verdad?

Martín Galt se quedó mirando a su compañero con extrañeza.

—¿Qué quieres decir con eso de que tú tienes la clave y de que también la tiene Geldón? ¿Te has vuelto loco? Este barco ha sido registrado varias veces desde la quilla hasta la punta de los mástiles.

—Pero tiempo perdieron, replicó Clemente. Miraron por todas partes; pero no en el sitio adecuado, y si lo vieron no se dieron cuenta de nada. Toma un farol y escóndete debajo de la mesa y mira lo que tienes que ver. Geldón lo descubrió por casualidad, y yo lo descubrí un poco después.

Galt se levantó de la silla, arrojó un farol y se puso de rodillas.

—Si esto es un chiste, te rompo el alma, dijo, mientras gateaba para meterse debajo de la mesa.

Estuvo mirando un rato intrigado, sin encontrar nada, y luego llamó a su compañero.

—No veo nada, absolutamente nada. ¿De qué se trata? ¿Hay algún escondite en las patas de la mesa o de las sillas?

—Debajo de la mesa, idiota, gritó Worth. Debajo de la tabla de la mesa.

Galt levantó el farol y miró la cara inferior de la tabla de la mesa; pero durante un buen rato no se dió cuenta a dónde quería ir a parar su compañero. Mas al ver la luz, en una parte barnizada de la tabla, alcanzó a ver algo parecido a un mapa, a un plano con líneas, números y palabras.

Barry Lark había grabado a fuego en la cara interior de la mesa los datos necesarios para encontrar su tesoro; pero luego pasó papel de lija por toda aquella parte de la mesa y la barnizó como el resto de la tabla, de modo tal que sólo unos ojos expertos podían darse cuenta de que allí había algo escrito. La persona no iniciada en el secreto jamás podía descubrir nada, pues todo había quedado poco menos que invisible.

—No te preocupes de copiarlo, porque ya lo he hecho yo, dijo Clemente. Y sospecho que Geldón y los chinos también se han llevado una copia.

Galt salió de debajo de la mesa y se quedó parado allí sacudiéndose la ropa.

—Es raro que a Geldón no se le haya ocurrido incendiar el buque o romper la mesa o alguna otra cosa para tener él solo la clave de:



Worth sacó de su bolsillo una hoja de papel.

problema, comentó Martín. ¿Por qué lo habrá dejado para nosotros?

—Cuando se me echaron encima pude hacerles dos disparos, le recordó Clemente, y los pitos de los vigilantes sonaban por la marina antes que consiguiesen dominarme. Más tarde, me costó un trabajo enorme, bárbaro, convencer a la policía de que yo pertenecía a este barco y de que aquí no ocurría nada. Geldón sólo tuvo tiempo de sacar una copia y gracias. Aquí está la mía, mira.

Sacó del bolsillo una hoja de papel y se la entregó a Galt. Luego, se puso a limpiar la pipa ruidosamente, mientras su compañero estudiaba el plano. Había allí dibujado algo que parecía una isla que tenía una forma burdamente parecida a un huevo, y también había algunos números: 101° 30' E y 3° 35' S.

—Bueno la posición es bastante

clara, observó Galt. Ciento un grados, treinta minutos de longitud Este, y tres grados, treinta y cinco minutos de latitud Sur.

Eres sumamente inteligente, exclamó Worth en tono de burla.

Pero Galt no le hizo caso. En uno de los extremos de la isla había una línea y en ella la siguiente cifra: NNE140. Desde la parte que debía ser el Noroeste a juzgar por las marcas de la primera línea y en dirección hacia el Sur, había otra línea, cuyo extremo terminaba en la línea de la costa de la mencionada isla. Esta línea estaba señalada con la inscripción siguiente:

RbDsRes4PlmsHstprdvsta

En el centro de la isla, sin ningún significado especial aparentemente había la siguiente palabra: Vlvr20, y esto estaba marcado con una cruz. Galt se rascó la cabeza.

(Continuará)

Vergel INFANTIL



y escucho del pajarillo el canto,
logro secar de mi vida triste y sola
el amargo y constante llanto.

BRIESEN

ROMANCE AL VERGEL INFANTIL

Este Vergel sacrosanto
con pájaros y canción
está llagando las fibras
de mi errante corazón;
no con puñales sangrientos
ni con ayes de dolor;
sí, con palabras sublimes,
con flores y con amor,
que van impregnando mi alma
con misteriosa emoción.

Yo sé que tus dulces versos
con los alegres se van,
dejando profundas huellas,
al mundo de nuestro afán
donde flotan los querubes
en el Reino Celestial,
formando con bellas alas
una ronda universal,
mientras Cristo los contempla
con su mirada de paz!

Vergel Infantil, amigo,
este humilde trovador
te venera con cariño,
con ternura y con pasión,
ofreciéndote gozoso
en la quietud: el verdor
de los árboles hermosos
con su ramaje cantor;
y en la soledad de mi alma:
mi doliente inspiración.

Vergel Infantil, hermano:
¡la sublime bendición!

AGUILA NEGRA

¡Oh! Pura y bella rosa
de pétalos suaves y finos,
tú, con tu fragante aroma
y el pajarillo con sus trinos...

Tú, con tus colores vivos,
y los pajarillos con sus canciones,
alegran mi vida de desatinos
de esperanzas e ilusiones.

¡Con vos, hermosa rosa!
¡Con vos, lindo pajarillo!
Sueño despierto, admiro las cosas
y recibo de la alegre vida, un hilillo...

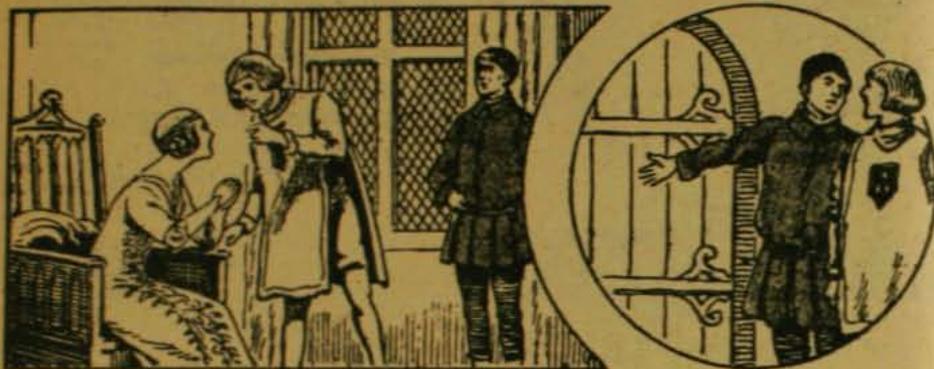
Mientras contemplo pétalos,
aspiro aromas fragantes
y escucho alegres trinos.
me parece soñar despierto
en las felicidades distantes,
en el amor, en el cariño.

Por eso, hoy levanto este himno
a la cándida rosa y a los alegres trinos.
Y mientras que sigo soñando,
mientras aspiro fragantes aromas

EL PALADIN

RECUERDE: El Conde de Valleombroso tiene el propósito de quitar la vida a su sobrina Rosmunda para arrebatarle su inmensa fortuna. El caballero Giles de Cruzis, su escudero Traquenar y su amigo Eudio, llamado el Paladín Trovador, deciden salvar a la niña. La condesa de Valleombroso ayuda a los protectores de Rosmunda para salvar su propia vida amenazada por la predicción de un astrólogo.

CAPITULO XII



1. Orego, el sirviente de la condesa había prometido a Eudio conducirlo al día siguiente al departamento de Rosmunda. Y cumplió su palabra. Rosmunda se sintió muy confortada con las palabras de aliento que le prodigó el Paladín Trovador y esperó confiada.

2. Muy conmovido por las lágrimas de esperanza derramadas por la joven, Eudio siguió de nuevo a Orego, quien lo condujo a la estrecha escalera de caracol. Mientras tanto, Orego le decía confidencialmente: —Señor, creo que podré preparar la evasión para pronto.



3. ¿Para cuándo? lo interrogó Eudio con ansiedad. —Para pasado mañana, señor, respondió Orego. —Entonces, te juro, Orego, que si la salvamos, tu fortuna quedará hecha. —¡Dios lo oiga, señor! replicó Orego. Los almacenes de provisiones nos proporcionarán el medio.



4. Mientras llegaba la hora de que Eudio volviera al servicio del conde, Orego permaneció junto al paladín trovador para ayudarlo en caso de que alguien entrara en sospechas. Eudio contemplaba las murallas y de repente dijo: —Sin duda este castillo tiene secretos.

TROVADOR



5. Orego pareció vacilar antes de responder. Pero luego, adoptando una decidida resolución replicó: —Sí, señor; el castillo tiene sus secretos... los subterráneos. —¿Los subterráneos donde están los calabozos? ¡Bah, pero ese secreto lo sabe todo el mundo! —Sí, pero nadie sabe que el conde baja allí por las noches con un farol.

6. ¿Y a qué baja el conde a los subterráneos? preguntó Eudio. Supongo que no será sólo por ir a ver a los presos que se pudren en los calabozos. Me parece que debe de ser otro el objeto de esas visitas nocturnas, ¿verdad? Orego no contestó. Eudio adivinó que el sirviente de la condesa no se atrevía a hablar de esas cosas.



7. El paladín trovador no insistió. Después de todo, lo que le interesaba por el momento, era la salvación de Rosmunda. Y varió la conversación —¿Cómo haremos para libertar a la señorita Rosmunda? preguntó. —Antes debo ir a ver a la condesa; ella me dará algunas indicaciones, dijo Orego. En efecto, Orego regresó al anochecer.

8. Orego traía una cara llena de satisfacción y dijo a Eudio: —Mañana por la mañana estará todo arreglado. El paladín trovador se puso pálido de pura emoción. ¿Sería posible? ¿Podría, en efecto, llevar esta feliz noticia a su amigo Giles de Cruzis? Bajaron a la bodega y Orego dijo: —La señorita saldrá de aquí en un tonel vacío.

(Continuará)

EL HERMANO MAYOR



RECUERDE: A la muerte de su madre, Julio Alday, un muchacho de quince años queda al cuidado de la pequeña familia compuesta de su hermana María, de catorce años, de su hermanito Chago, de siete años y de Elenita, una hermana adoptiva, también de siete años. Con admirable constancia sigue trabajando en el comercio de frutas que tenía su madre. Elenita se enferma y es llevada al hospital donde le practican una operación. Julio encuentra una cartera y la lleva a la comisaría. Días más tarde el Comisario lo recompensa con quinientos pesos que ha donado la dueña de la cartera, una inglesa llamada Mary Weldon. Muy contento Julio regresa con ese dinero a casa y lo guarda escondiéndolo entre las páginas de un tomo de Los Tres Mosqueteros. Al día siguiente van a visitar a su hermanita menor en el hospital y al regresar a casa Julio descubre que los billetes escondidos en Los Tres Mosqueteros han desaparecido.

CAPITULO VI

Los puntos luminosos

Cuando por fin el pobre niño se convenció de que los cinco billetes de cien pesos habían desaparecido de un modo tan real como misterioso, se dejó caer en una silla, agobiado bajo el peso de su desgracia; mientras María, junto a Julio, juntaba sus manos en actitud desolada.

Habían bastado algunas horas de ausencia para que un miserable ladrón destruyera todas las ilusio-

nes risueñas, todas las esperanzas nacidas en el corazón de los huérfanos. Pero el desaliento no consiguió debilitar mucho tiempo el indomable carácter del muchacho. A cada golpe adverso de la suerte, Julio parecía retemplar su voluntad.

Se levantó del asiento, irguió su enérgica e inteligente cabeza y dijo encarándose con su hermana:

—Nada ganamos, María, con lamentarnos. Después de todo, una pérdida de dinero no es una desgracia irreparable como la quebraadura de un brazo o de una pierna. Veamos con calma lo que debemos hacer ahora. Alguien nos ha robado el dinero y ese alguien sabía que lo guardábamos en el libro de Los Tres Mosqueteros.

—¿Sospechas quién puede haber sido? preguntó la hermana.

—Sí. Creo que no puede ser nadie sino Juanico Cancino.

—Yo estaba pensando lo mismo, dijo María.

—Eso es una razón más para sospechar de él.

—Entonces deberías dar parte a la policía y acusarlo de este robo.

—No podemos hacer eso, María. Las sospechas no bastan; hay que tener alguna prueba.

—¿Y cómo podremos tenerla?

—Eso es lo que no sé por el momento.

—¿Y si le preguntáramos a la señora Liberata?

—Es una buena idea. Le preguntaré si ha visto a Cancino andar por el corredor, mientras nosotros andábamos afuera.

Como lo pensó lo hizo. Se fue Julio donde la mayordoma y le con-

tó lo que le había ocurrido con los quinientos pesos.

—¡Santo Dios! exclamó la buena mujer consternada con lo que oía.

—¿No ha visto usted a alguien rondar por el corredor, cerca de nuestro departamento? preguntó Julio.

—Sólo vi a don Pancho y luego a sus niños que andaban haciendo rodar una rueda de madera.

—¿Y no vió a nadie más?

—A nadie más. Luego estuve muy preocupada de mis quehaceres y no tuve ocasión de fijarme en nada más.

La declaración de la mayordoma no resultó de mucha utilidad para reforzar las sospechas del muchacho; estaba seguro de que el vecino don Pancho nada tenía que ver en el robo. De todos modos decidió dar cuenta a la policía.

—Volveré pronto, dijo a su hermana.

Veinte minutos más tarde entraba en la oficina del Comisario. Este lo reconoció al punto y le dijo:

—¡Hola, amiguito! ¿Traes, acaso, otro hallazgo?

—No, señor; ahora vengo a molestarlo para presentar un reclamo...

—¿Contra quién?

—No sabría decir contra quién, señor. Porque es el caso que alguien me robó los quinientos pesos que usted me dió como recompensa por el asunto de la cartera.

—¿Hombre! ¿Te robaron los quinientos pesos? Pero, ¿cómo ocurrió eso?

—Hoy salimos para ir al hospital donde está mi hermanita menor. Luego fuimos a pasear por la Quinta Normal y cuando llegamos a casa, notamos la misteriosa desaparición

de los cinco billetes de cien pesos.

—¿Descerrajaron alguna caja o algún armario?

—No, señor. Para mayor seguridad coloqué los billetes dentro de un libro.

—¿Vamos, esa fué una idea ingeniosa! ¿Dentro de un libro! ¿Y cómo pudo dar con el dinero el ladrón? El que robó ese dinero tenía que saber forzosamente que estaba en el libro. ¿Supo alguien que tú habías recibido esa suma?

—Se lo dije a la mayordoma; pero la señora Liberata es una persona muy buena. Además, ella no podía saber dónde guardaría yo los billetes.

—Veo que defiendes a esa señora de una posible sospecha. Pero alguien más tiene que haber oído lo del dinero. ¿Acaso hablaste en alta voz con la mayordoma?

—Sí, señor. Cuando llegué anoche con los quinientos pesos que usted me dió, la mayordoma estaba en la entrada y apenas crucé el portón me preguntó por qué tenía yo una cara de tanto contento. Entonces le dije que me había ganado quinientos pesos y, en seguida corrió a mi habitación.

—Y allí supongo que hablarías con tu hermana respecto del sitio donde debían guardar los billetes.

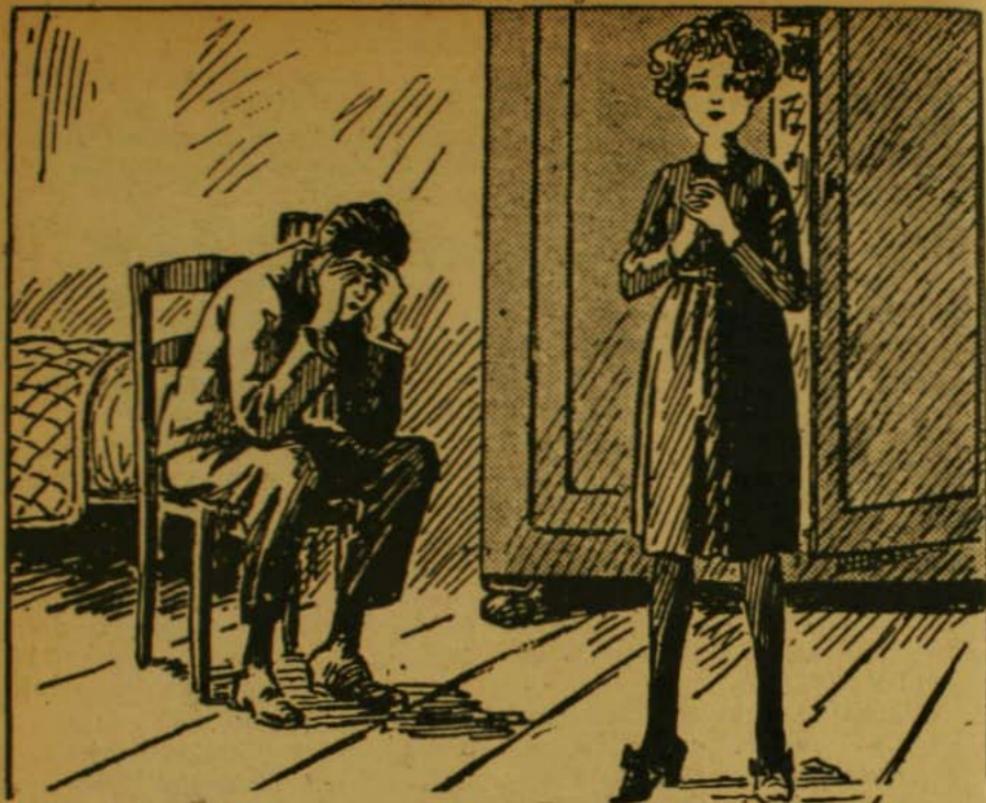
—Sí, señor.

—Alguien escuchó, entonces a la puerta. De otro modo no se comprende cómo el ladrón pudo saber que los billetes estaban entre las páginas de un libro.

—Eso mismo creo yo también ahora, señor Comisario, dijo Julio.

—Según eso... ¿sospechas de alguien?

—No sé, si debo decirlo, señor.



Lleno de abatimiento Julio se sentó en una silla, mientras María juntaba dolorosamente las manos.

Sospecho sí, pero temo acusar sin tener alguna prueba...

—No importa; si sospechas de alguien, dímelo. Yo me encargaré de saber si tus sospechas son fundadas o no lo son.

—Sospecho de un mal vecino que se llama Juan Cancino. Todos en el conventillo le dicen Juafico.

—¿Y por qué sospechas de él?

—Por una razón muy sencilla, señor Comisario; una noche trató de introducirse en nuestro departamento, mientras dormíamos. Pero despertamos a tiempo. Lo dejé que entrara y lo golpeé con un bastón. Los vecinos acudieron al oír el ruido y Juanico se disculpó diciendo que se había equivocado de puerta porque estaba un poco

ebrio.

—¡Hombre! Ese es un antecedente muy digno de tomarse en cuenta. Creo que el asunto va a poder arreglarse más pronto y con más facilidad de lo que yo creía. Y lo arreglaremos sin necesidad de molestar a la Sección de Investigaciones.

El Comisario tocó un timbre y acudió un ordenanza.

—¡Dígale al sargento Moscoso que venga!

Un minuto después entró en la oficina el sargento Moscoso, vestido de paisano.

—Sargento, le dijo el Comisario; se le presenta una buena oportunidad para ejercer sus dotes detectivescas.

Y acto seguido, hizo repetir a Julio todos los pormenores del robo denunciado.

—El asunto está claro. mi Comisario, dijo el sargento Moscoso.

Después de hacer varias anotaciones en una pequeña libreta, el sargento preguntó la dirección de Julio. Este se la dió, el sargento la anotó en su libreta y por último dijo:

—Desde esta misma noche me ocuparé de tu asunto, muchacho. Y en cuanto haya descubierto algo, lo pondré en tu conocimiento.

El niño se despidió muy agradecido del Comisario y del sargento y llegó a casa muy reconfortado y con el corazón rebotante de esperanzas. Contó a su hermana la entrevista con el Comisario y el sargento y María participó también de la confianza de su hermano.

El día siguiente transcurrió sin incidencias. Pero después de la frugal comida de la noche y cuando María acostaba ya a Chaguito, llamaron a la puerta. Julio abrió y se halló en presencia del sargento Moscoso.

—¡Pase usted, señor! ¡Me trae alguna noticia buena? preguntó el niño.

—Sí, dijo el policía vestido de paisano, bajando la voz. Pero ante todo, apaguen la luz, recomendó siempre en el mismo tono, y traten de no hacer ruido.

María obedeció. Bajó un poco la

mecha encendida de la lámpara y luego la apagó de un soplo.

—¿Qué pasa, señor? preguntó Julio con voz sofocada.

—Pronto van a saber por qué he ordenado esto, susurró el policía casi al oído del muchacho.

Durante cinco minutos, el policía y los niños permanecieron en medio de la obscuridad, guardando un silencio absoluto. De pronto afuera resonaron unos pasos vacilantes y pesados que hicieron crujir la pequeña escalinata del corredor. En seguida los pasos inseguros, como los de un borracho, avanzaron por el corredor entablado.

—¡Es Cancino! susurró Julio acercando su boca al oído del sargento.

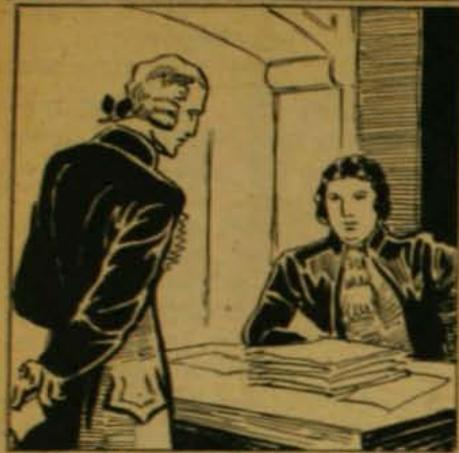
—¡Chit! replicó el policía.

Y de nuevo todos escucharon silenciosamente. Se oyó el trabajo de una llave en la cerradura, el ruido de una puerta al abrirse y un golpe al cerrarse. Los ojos del policía estaban fijos en la muralla que separaba el cuarto de María del aposento vecino. De pronto, en el fondo de aquella muralla que, en realidad no era más que un tabique, brillaron tres puntos luminosos.

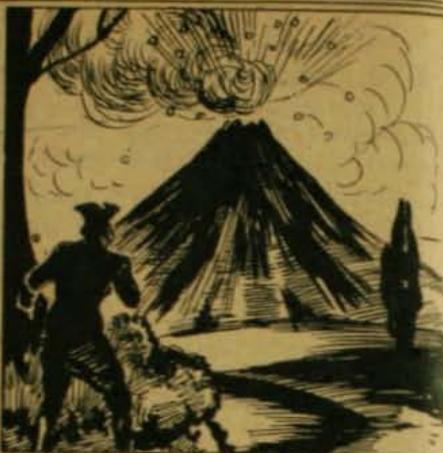
Con gran sorpresa de María y de Julio, el sargento Moscoso atravesó la puerta de comunicación y se metió en el cuarto de la niña; se acercó a la muralla y con tiza trazó un pequeño círculo alrededor de los tres puntos luminosos.

(Continuará)

HISTORIA GRÁFICA DE CHILE



265. El sucesor de don Manuel de Amat y Junient fue don Félix de Berrotez. Durante su corto gobierno, que duró casi exactamente un año, tuvo que hacer frente a las consecuencias derivadas de la guerra declarada a España por Inglaterra. No hizo grandes cosas.



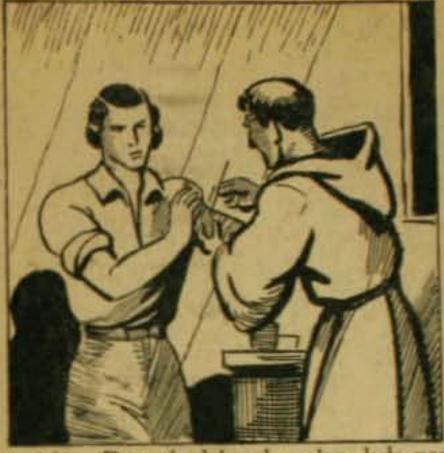
266. Lo reemplazó el brigadier don Antonio Guill y Gonzaga. A los dos meses de la llegada de este gobernador, el volcán Peteroa entró en erupción de terribles consecuencias. Las cenizas y lavas rellenaron todos los valles de las inmediaciones. Fue un triste presagio.



267. El sistema de poblaciones que tan buenos resultados habían dado durante el próspero gobierno de Ortiz de Rozas, sedujo al nuevo gobernador y resolvió aplicarlo en territorio araucano, a pesar de la oposición de los veteranos colonos que vivían en la frontera.



268. Comenzó por convertir en villas los fuertes de Yumbel, Purén y Tucapel. Pero apenas comenzaron los trabajos, cuando los indios cayeron sobre las nuevas poblaciones y las destruyeron, expulsando a los colonos españoles de las tierras que consideraban suyas.



269. Después del rudo golpe dado por los indios a los planes civilizadores de Guill y Gonzaga, una epidemia de viruelas se propagó en todo el país, especialmente en los centros más poblados. El Padre Julián Charro atajó el mal introduciendo la vacuna en el país.



270. El gobernador era de por sí inclinado a las devociones religiosas y esta inclinación aumentó notablemente después de las calamidades caídas sobre su país apartándose de las labores de su cargo, las confió al corregidor don Manuel de Zañartu.



271. El corregidor Zañartu era un hombre de notable energía y de una honradez a toda prueba. Desde el primer momento se ocupó en emprender una campaña contra los malhechores, vagos y borrachos, llegando a ser el terror de todos ellos. Fue una campaña implacable.



En su afán de morijetar las costumbres y de implantar el espíritu de honradez en todos los habitantes, el corregidor Zañartu no vacilaba en sacar por sus propias manos a los borrachos de las tabernas y de apresar a los malhechores en las casas de juegos.

1.— Este precioso conjunto puede hacerse empleando cretona estampada con motivos alegres para el vestido y haciendo el bolero que complementa, con piqué de algodón color azul marino no muy oscuro.

2.— Riquísimo vestidito de algodón blanco con doble hilera de botones de nácar, adornando la delantera de la blusa. Cinturón del mismo género en color bleu.



RECETA

Panqueques rellenos

Ingredientes: 120 gramos harina, 2 huevos, 1/2 litro de leche, 2 yemas, 30 gramos azúcar flor, vainilla, pizca de sal, 15 gramos maicena, 1 clara de huevo, limón para decorar.

Procedimiento: Cernir la harina con la sal en un tiesto, quebrarle los huevos, mezclar y revolver gradualmente con 1/4 litro de leche.

Cuando se haya añadido la mitad, batir, durante 10 minutos, y después agregar el resto. Dejar la mezcla reposando durante una hora. Añadir la clara batida. Derretir un poco de manteca en una sartén y cuando esté humeante, vaciar

dentro el batido suficiente para cubrir el fondo. Freír de manera corriente. Cubrir cada uno con relleno. Enrollarlos. Espolvorearles encima azúcar flor y servir decorado con limón. Para cuatro personas.

Relleno.— Mezclar la maicena hasta que esté cremosa, con un poquito de un cuarto litro de leche restante, y hacer hervir el resto. Añadir azúcar. Revolver las yemas batidas con la maicena y cuando el azúcar esté disuelta y la leche haya dejado de hervir, agregarlas a la leche. Vaciarlas a una cacerola y revolver hasta que esté espesa. Colarla a otro tiesto, añadir vainilla al gusto y usarla.



Abordo había música y cantos, y, a medida que anoecía encendíanse centenares de faroles de muchos colores, parecidos a las banderas de todas las naciones que ondeasen al aire. La pequeña sirena nadó hasta acercarse a las portas de los camarotes, y cada vez que le elevaba el impulso de las olas, podía ver a través de los transparentes vidrios, centenares de personas vestidas con trajes de alegres colores.

El más elegante y guapo de todos era un joven príncipe, que tenía grandes y negros ojos; seguramente no contaría más allá de diez y seis años, y aquella fiesta se daba en celebración de su cumpleaños. Los marineros bailaban en la cubierta y cuando apareció el príncipe entre ellos, dispararon centenares de cohetes, que iluminaron el cielo con tanta intensidad como si fuese de día, pero eso asustó tanto a la sirena, que se sumergió en el agua. Pronto se aventuró a asomar-

se de nuevo y entonces vió como si todas las estrellas del cielo cayesen a su alrededor. Nunca había visto tales fuegos artificiales. Rodaban por doquier grandes soles y en el aire parecían estar suspendidos enormes peces dorados; y todo se reflejaba en las apacibles aguas del mar. Había tanta luz a bordo, que se podía distinguir la cuerda más delgada y mucho mejor, como se comprende, a toda la gente. ¡Oh, qué hermoso era el príncipe, ^{ah-} se reía a carcajadas y ^{con} él se reía al saludar a sus invitados, en tanto que resonaba la música en aquella noche apacible!

Era ya muy tarde, pero la pequeña sirena no podía separar la mirada del barco y del hermoso príncipe. Apagáronse los faroles de colores, dejaron de disparar cohetes y los cañones cesaron de atronar el aire, pero en lo más profundo del mar se apercibía un apagado rumor de quejas y murmullos.

Mientras tanto, la sirena era mecida por las olas y así podía mirar al interior de la cámara, pero el buque se alejó paulatinamente; una vela tras otra fué henchida por el viento, las olas se hicieron mayores, amontonáronse las nubes en el cielo, y, a lo lejos, se podía ver algún relámpago. Sin duda, iba a estallar una fuerte tempestad. Pronto los marineros tuvieron que acortar las velas y el enorme barco dan-

zaba en las olas irritadas, que se levantaban a gran altura como si quisieran engullirlo. Pero la sirena las atravesaba ágilmente e iba a situarse en sus crestas.

A la jovencita, aquello le parecía una interesante carrera, pero los marineros opinaban de distinto modo. El barco gemía y crujía, y las enormes vigas de su armazón se doblaban, a veces, al recibir los poderosos choques del agua; el agua barría la cubierta y rompió el palo mayor como si fuese una caña. Luego atacó a la nave de costado y pudo penetrar en la cala.

Entonces la sirena se dió cuenta del peligro que corrían los tripulantes y tuvo que cuidar de su propia seguridad para evitar el choque violento con algunos de los maderos flotantes. Hubo un momento en que la obscuridad fué tan intensa, que la princesita no pudo distinguir cosa alguna, pero luego, a la luz de un relámpago, le fué posible distinguir a los tripulantes. Todos tratan de salvarse lo mejor que les fuese posible, y la sirenita se fijó más especialmente, en el joven príncipe.

Y cuando se hundió el barco, pudo ver, con sus propios ojos, que él se hundía también. De momento se alegró al advertirlo, porque de ese modo el príncipe iría a reunirse con ella, pero luego recordó que los seres humanos no podían vivir dentro del agua y por lo tanto el príncipe solamente llegaría muerto al palacio de su padre. Pero ¡no!, era preciso que no muriese. Nadó hacia el joven, sorteando lo mejor que pudo los maderos y los demás restos del naufragio, casi olvidando que podían aplastarla, se sumergió en el agua y volvió a elevarse para lle-

gar junto al príncipe en el momento en que, ya con las fuerzas agotadas no podía seguir nadando en aquel mar furioso. Tenía los miembros entumecidos, cerrábanse sus hermosos ojos y sin duda muriera entonces, si la hermosa sirena no hubiese acudido a socorrerlo. Sostuvo su cabeza por encima del agua y dejó que las olas los empujasen hacia donde mejor les pareciese.

Al amanecer, la tempestad había cesado ya y no se veían ni siquiera





los restos del barco; levantóse el sol en el horizonte, radiante y bello; sus rosados rayos parecían proyectar el color de la vida en las mejillas del príncipe, pero sus ojos seguían cerrados. La sirena besó su hermosa y alta frente, y le acarició el mojado cabello; le pareció que era semejante a la estatua que tenía en su jardincillo y lo besó nuevamente, deseando que viviera.

Por último y a corta distancia divisó tierra firme, y altas montañas,

en cuyas cumbres brillaba la nieve, como si allí se hubiese instalado una manada de cisnes; junto a la orilla había hermosos y verdes bosques, y, en primer término, una iglesia, aunque ella lo ignoraba, pero sí comprendió que era un edificio. En un jardín vió naranjos y limoneros y junto a la puerta unas majestuosas palmeras. En aquel lugar el mar formaba una pequeña bahía, donde el agua estaba muy tranquila, aunque era muy profunda y estaba limitada por altos acantilados; al pie de éstos había una faja de arena muy fina y blanca y hacia allá nadó la sirena, llevando al hermoso príncipe, y lo dejó en el suelo, cuidando de que su cabeza quedase alumbrada por la cálida luz del sol.

En el gran edificio blanco empezaron a tocar las campanas y acudieron al jardín numerosas doncellas. La sirena se dirigió a nado al amparo de unas altas rocas y cubrió de espuma su cabello y su pecho, para que nadie pudiera ver su rostro, y luego se quedó observando para ver quién descubriría al pobre príncipe.

Poco después, una de las doncellas se acercó a él y, de momento pareció asustarse, pero luego fué en busca de algunas compañeras. La sirena vió que el príncipe empezaba a recobrar el sentido y que sonreía a las personas que le rodeaban, pero no hizo lo mismo con la sirena, porque ignoraba que lo había salvado. Y ella, en extremo triste al advertir que lo llevaban al interior del edificio, se sumergió y emprendió el regreso al palacio de su padre.

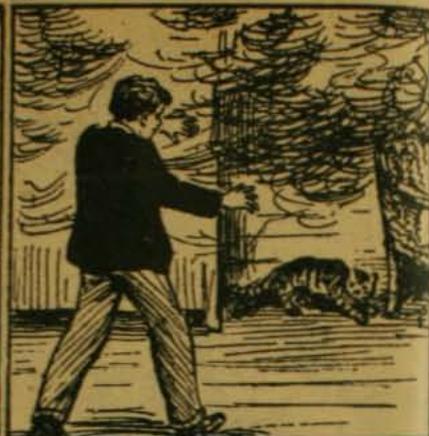
(Continuará)

Las Aventuras de FREDDIE

CAPITULO III



1. Ya no había tiempo de salvar nada, por el momento, porque las llamas y el humo impedían penetrar dentro de las habitaciones del bungalow. Sin embargo, de repente un agudo y lastimero maullido resonó en medio del crepitar de las llamas y de los gritos.



2. ¡Es Minú! exclamó el niño reconociendo los maullidos de su querido gato. Sin vacilar entró en la habitación que era ya una verdadera hoguera y, respirando apenas, empezó a mirar hacia todas partes hasta que consiguió ver a Minú asustado en un rincón.



3. El gato al ver a su amo, lanzó otro maullido como para pedirle protección y Freddie se lanzó hacia el sitio donde se hallaba agazapado el buen Minú. Lo tomó en sus brazos y haciendo un esfuerzo para poder respirar en medio de aquella hoguera echó a andar.



4. Estaba ya por llegar a la puerta de salida, cuando el niño, enceguecido por el denso humo que llenaba la habitación, tropezó con algo y cayó de bruces. No tuvo fuerzas para ponerse en pie, pues estaba medio sofocado. Minú no se movió y se puso a maullar.



5. Mientras tanto, afuera, Jane y el fiel sirviente Kiola esperaban ver aparecer de un momento a otro a Freddie. —Debe haberle ocurrido algo, dijo Jane; oigo maullar lastimeramente a Minú. —Creo lo mismo, señorita, replicó Kiola. Y sin agregar palabra, el fiel criado se lanzó dentro de la habitación inundada de llamas.



6. Dirigiéndose por los agudos y lastimeros maullidos de Minú, el fiel Kiola encontró pronto a Freddie caído en el suelo y desvanecido por causa del golpe y, especialmente, de la asfixiante humareda. Kiola rápidamente tomó al niño y se lo echó sobre sus robustos hombros. No contento con esto, agarró también al pobre gato Minú.



7. Cargado de este modo, Kiola se lanzó hacia la puerta y logró franquear el umbral con toda felicidad. Afuera lo recibió Jane llena de emoción. Durante un buen momento había creído que su amiguito había sido devorado por las llamas y su corazón estaba lleno de congojas. —¡Gracias a Dios que lo has salvado, Kiola! exclamó.



8. Llevado a una choza fresca y aireada, juntamente con el pobre gato, pronto Freddie recobró el conocimiento. Y mientras Minú se restregaba en las piernas del niño, el fiel Kiola contó que había visto a Joe Sandu rondando el bungalow momentos antes de haberse producido el incomprensible incendio. Dicho esto, Kiola se marchó.

(Continuará)



RECUERDE: El rey Indar regala un caballo de madera al rey Claudio. Este caballo tiene la maravillosa propiedad de poder surcar el espacio como un ser alado. El príncipe Clodio prueba el caballo y va a rematar al lejano reino de Toscana. Encuentra a la princesa Clarmondina y regresa con ella a España. Mientras desciende en un palacete en las afueras de la ciudad el rey Indar lo acecha oculto entre unos matorrales. Clodio deja a la princesa en el palacete y él se va a palacio en un caballo de verdad para preparar una magnífica recepción a su novia. Pero Indar se presenta en el palacete como servidor del príncipe y la rapta. Indar cae prisionero del rey de Sarlierno y éste quiere casarse con la princesa. Pero Clarmondina se finge loca. Mientras tanto, en España, el príncipe Clodio descubre que la princesa ha desaparecido del palacete. Desesperado el príncipe sale fuera de su país en busca de la princesa Clarmondina, hasta que llega al reino de Toscana.

CAPITULO X

El Castillo Solitario

En un monte aislado, dominando profundos abismos, Clodio divisó un castillo donde pensó hallar alojamiento, pues hacía ya muchas no-

ches que dormía bajo la luz de las estrellas. Parecía difícil llegar hasta el castillo. Un camino tortuoso y erizado de rocas conducía hasta el puente levadizo y se detenía ante un precipicio infranqueable cuando el puente estaba alzado.

Cuando Clodio llegó a la entrada del castillo, el puente estaba levantado y el joven príncipe frenó las riendas de su caballo al borde mismo del precipicio. Llevaba consigo un cuerno de marfil según era uso y costumbre entre los caballeros andantes. Y llevándolo a sus labios le arrancó un sonido penetrante. Aguardó un momento. Un centinela apareció en las almenas, encimado de la gran puerta y preguntó:

—¿Qué deseáis, señor?

—Pido la hospitalidad que se debe entre caballeros. La noche me impide seguir adelante. En estos parajes el terreno está formado de abismos y precipicios y fácilmente yo podría sufrir algún accidente. Cuando haya descansado un poco mañana, al rayar el alba, continuaré mi camino, después de haber

presentado mis respetos al dueño de este castillo.

—¡Ay! exclamó el centinela. Siento mucho no poder acceder a vuestro pedido, si antes no prometéis someteros a la ley de esta morada.

—¿Y qué ley es esa?

—Antes de entrar, debéis abandonar aquí vuestras armas y vuestro caballo, o bien combatir solo contra dos caballeros invictos hasta ahora.

—Es una ley extraña y contraria a las leyes de la hospitalidad que se debe a los caballeros de cualquier país que sean, respondió Clodio. Pero como me siento muy cansado, acepto las condiciones que se me imponen. Y cuando haya reposado lo suficiente, combatiré con todos los caballeros que queráis. Por el momento deseo un lecho donde dormir. Pero, decidme, ¿por qué estas imposiciones, por qué esta ley tan extraña?

—Señor caballero, os lo diré ahora mismo. Hace algunos años, un monarca traidor, el rey Indar, vió hospitalidad en este castillo donde fué generosamente recibido y albergado; pero en vez de mostrar sus gratitudes al que lo había acogido con tanta bondad, lo asesinó durante la noche, sin que jamás se llegara a saber por qué cometió tan horrible y canallesco crimen. Pero el hecho es que los dos sobrinos del castellano hallaron a su tío bañado en sangre al día siguiente por la mañana. Antes de morir, el señor del castillo hizo jurar a sus dos sobrinos que desde entonces harían

observar a sus futuros huéspedes de paso, la ley que se os impone hoy día.

Clodio se sometió sin murmurar; pero al oír el nombre del rey Indar, sintió que se estremecía de odio y de placer al mismo tiempo. Porque, si bien odiaba de todo corazón al perverso y contrahecho monarca indio, también sentía cierto contento al considerar que en este castillo podía encontrar su huella para seguirle la pista.

—Os prometo cumplir la ley de esta morada, a fe de caballero, respondió.

El puente levadizo se bajó al instante y Clodio entró en el castillo. Fué instalado en la cámara más bella, donde se veían hermosos tapices que representaban la historia de los antepasados de aquella mansión.

Pero en cuanto despuntó la aurora, llamaron a la puerta para recordarle la promesa de la víspera. El criado que lo despertó le dijo:

—Señor, ahora debéis abandonar vuestras armas y vuestro caballo o combatir solo contra dos caballeros invictos.

—¿Piensas acaso que un verdadero caballero puede alguna vez abandonar sus armas? Vete a decir a tus amos que estoy listo para combatir cuando ellos quieran.

Se vistió y se puso la armadura. Luego, armado de espada y con lanza en ristre, hizo traer su caballo. Cuando estuvo bien montado, el criado no pudo dejar de admirar



El joven príncipe se detuvo a la entrada del castillo, su fiera presencia y gallardía.

—Nunca había visto yo un caballero más apuesto, murmuró el criado.

En seguida condujo a Clodio a una explanada donde se había preparado la arena del torneo. Y los dos caballeros invictos lo estaban esperando armados de punta en blanco, con la visera calada, de modo que no dejaban ver sus rostros. También Clodio se había bajado la visera y en el acto se trabó el combate entre aquellos caballeros completamente desconocidos entre sí.

Cada cual trataba de dar golpes certeros y mortales al adversario y

—Un conocido político dice a un sastre:

—¿Cómo se entiende? ¡Me trae usted el traje y la cuenta al mismo tiempo! ¡Eso es una prueba de des-

evitaba el recibirlos. En la primera embestida Clodio derribó a uno de los caballeros dejándolo fuera de combate. Pero entonces el otro furioso de ver caer a su compañero, no dejó tiempo al príncipe español para ponerse en guardia. Aprovechando que la lanza de Clodio se había roto con el violento golpe asestado sobre el caballero que había sido derribado, atacó blandiendo su espada. Clodio sólo pudo hacerle frente con el pedazo de lanza que todavía conservaba en su mano.

Pero aquel trozo de madera no podía resistir el poderoso y cortante filo de la espada adversaria.

(Continuará)

Equivocación

confianza!

—Perdone, usted, ha sido una equivocación, replica el sastre, es que lo hemos confundido a usted con uno de los clientes que pagan.

El Niño Trovador

Canto

Que her-mo-sa sois, oh Ma-dre In-ma-cu-la-da el mis-mo Dios for-mo a ti el
 Pa-sar yo vi la a-le-grí-a pri-ma ve-ra y dee-lla al par la mas be-lí-a

Piano

-dad Te vis-te el sol tu pié cal-zá la lu-na tu sien-de estre-las co-ro-na das
 -sion cru-zan-te mi cual som-bra fu-gi-ti-va y me lle-nó de fri-ge-ló-a

-tá, ¡Ay! tien-de-me oh! Ma-dre una mi-ra-da de paz y a-mo-ri-nun-deo na
 -zon y vi ea-er las ho-jas en o-to-ño del ven-da-val al so-plo brama

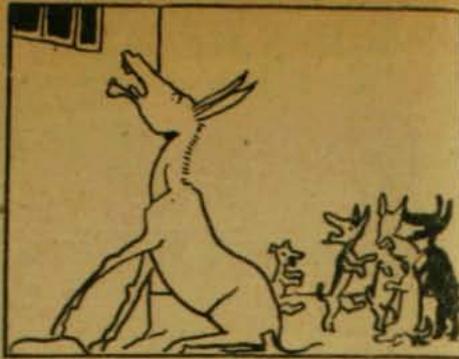
Grave *rall. molto suavissimo*

-zon y con la fe, que tu gracia me inspi-re en-cal-zá-re tu Pu-ra Con-cep-ción.
 -dor "a-sí" pen-se mis a-nos se di-si-pan y vi-ven ¡ay! las flo-res de la mor-

Don Coces y los perros, si hay ladro



1. Quedáronse los guardias a la puerta de la casa, a evitar la retirada, mientras que, silenciosos, por la huerta, van con Don Coces los de la avanzada.



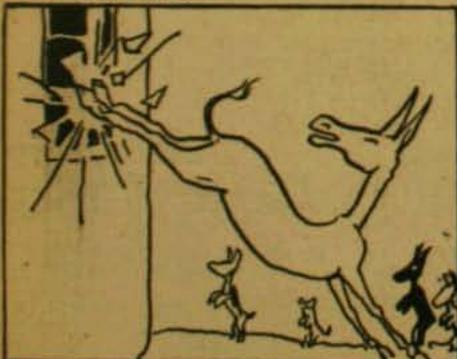
2. Don Coces, con su voz tan armoniosa, da su concierto al pie de la ventana, y los perros, comparsa peligrosa, ladran bailando una gentil sardana.



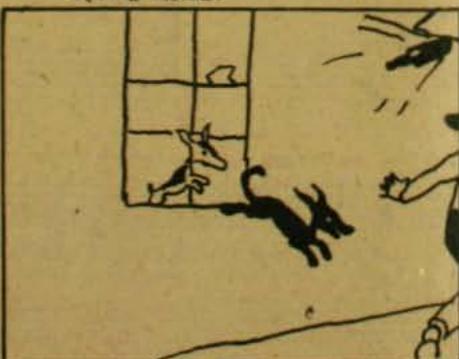
3. Los ladrones escuchan, asustados, el concierto servido sin antena, quedándose un momento emocionados, ante la amenidad de aquella cena.



4. Y mientras que los músicos esperan el resultado de su estratagema, los ladrones, inquietos, deliberan, cuál debe ser el fin de aquella escena.



5. Don Coces, impaciente, no dá tregua, y afirmando sus patas delanteras, arma un ruido que se oye en una legua, al dar en el cristal con las traseras.



6. Saltan al interior, muy decididos, los perros, que desean la batalla. Los ladrones, a oscuras, son perdidos, al dar un botellazo en la pantalla.

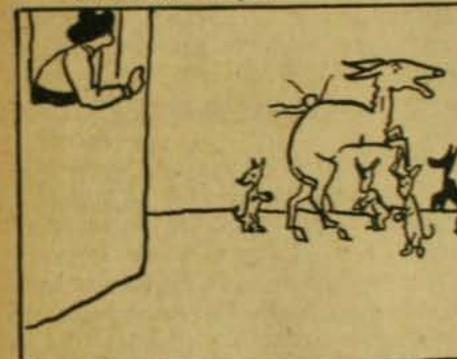
nes, se saben defender como leones.



7. Luchan los perros con los malhechores, haciendo de sus dientes mucho mérito, tirando sillas, platos, tenedores, y cacharas, que chocan con estrépito.



8. Los ladrones, pasada su sorpresa, defiéndense con palos de una silla. Los perros, dando vueltas a la mesa, atienden a Don Coces, que les chillá.



9. Y saltando al jardín, donde esperaba, Don Coces, le refieren lo ocurrido, relato que interrumpe una pedrada, que atiza al buen Don Coces un bandido.



10. En el jardín empieza otra pelea, que debe terminar muy malamente; de un par de coces va a la chimenea, un ladrón que presume de valiente.



11. Al verse los demás acorralados, resisten, defendiéndose a pedradas, pero "Chuchi" y los suyos, enfadados, rompen toda su ropa a dentelladas.



12. Maltrechos, con los trajes destrozados, no saben ya qué hacerse los ladrones; llega la autoridad y van atados, a purgar sus delitos en prisiones.

La Isla de los Cruzados



RECUERDE: El Emperador de Joram, contrata al piloto Bill Barnes para que adiestre a sus pilotos. Sandy el más joven de todos es hecho prisionero por Elliot, quien trata de conseguir un sello de la India. Barnes lucha hasta rescatar a Sandy causando la muerte de Elliot. Después de una lucha en el desierto Lábico, se dirigen junto con sus pilotos a Port Sudán, donde se instalan en el mejor Hotel. Mientras tanto Zboyan en Rodas, ordena a Popovich que si es posible mate a Barnes, si sigue interponiéndose a sus planes. En Port Sudán, Bill recibe una invitación a una comida, donde es secuestrado por los hombres de Popovich y llevado a una casa de los alrededores. Dos veces Barnes trata de escapar pero es vencido por sus enemigos. Popovich trata de conseguir los sellos, pero no obtiene nada. En el Hotel, Shorty recibe un llamado telefónico, de Robertson, la misma persona que había invitado a cenar a Barnes, y le dice que por encargo de Barnes, le ruega tomen sus equipajes y se dirijan todos a bordo de sus aparatos. Shorty y sus compañeros, obedecen la orden, pero son secuestrados por los hombres de Popovich.

—¿De manera que sois los luchadores locos que hoy mismo habéis derribado 11 aparatos de los nuestros? preguntó uno de sus aprehensores.

—¡Cállate! gruñó otro. Volved a

vuestros coches. Tú, Marat, métete dentro sus equipajes. Se situarán dos hombres en los estribos de cada coche y otro al lado del chofer, apuntando a los presos con una ametralladora. No gritéis, añadió, dirigiéndose a los prisioneros, en el caso de que queráis seguir viviendo.

Subieron a los coches; cada uno de los hombres de Bill se consideraba el único culpable de lo sucedido. Era evidente, y así lo comprendían ahora, que Bill no habría confiado a nadie la transmisión de una orden como la recibida. Por lo menos no lo había hecho nunca. ¿Por qué creyeron toda aquella mentira?

Los coches se detuvieron ante la casa enclavada de los alrededores de la población. Los hicieron bajar y luego los metieron en aquella vivienda.

Dilatáronse sus ojos de horror al ver a Bill Barnes lastimado y tendido en un diván. Tenía los ojos en blanco y parecía mirar al techo.

Sandy Sanders dió las buenas noches al viejo Charlie que estaba tendido en la litera del transporte y se encaminó a la cocina y luego siguió del corredor hasta la puerta de babor. Una hora antes decidió salir para hacer una visita al

viejo Charlie, a fin de averiguar cómo estaba. Tenía muchos favores recibidos del cocinero, ya porque él le llevaba algunas cosas que guisar, especialmente los ingredientes necesarios para los pasteles a los que Sandy era muy aficionado. Y Sandy tuvo la satisfacción de comprobar que Charlie estaba ya totalmente restablecido.

Cuando pasó al bote tripulado por los cuatro marineros del gobierno, miró hacia atrás en la dirección en que se encontraba el "Aguilucho" dentro del enorme transporte. Esperaba tener ocasión de utilizarlo al día siguiente. Aquel día pasado tranquilamente, sin lucha, era algo aburrido e inaguan- table para él.

Los cuatro marineros inclinaron sus cuerpos sobre los remos, en el momento en que llegaba otra lancha del gobierno armada con una ametralladora y con una tripulación de cuatro hombres.

Tanto el bote que ocupaba Sandy, como la otra lancha, habían sido puestas a disposición de Bill por el capitán del puerto. Y el bote permanecía siempre amarrado en el muelle para transportar a cualquiera de los pertenecientes al escuadrón de Bill Barnes.

Cuando el bote avanzaba en silencio a lo largo del muelle, detuviéronse dos taxis, y Sandy vio que se bajaban Shorty, Red, Beverly Bates y Cy Hawkins, quienes sacaron sus equipajes de los vehículos. Casi en el mismo instante, vio seis bultos negros que aparecían al lado del parapeto y el muchacho contuvo el grito que iba a salir de sus labios. Observó un resplandor metálico y el muchacho comprendió que pertenecía a una

pistola ametralladora. Oyó las voces de los hombres que empuñaban esa arma, y no le fué difícil comprender que iba a ocurrir algo desagradable. Se acurrucó en el fondo de la embarcación.

Se hizo el propósito de seguir los automóviles, al ver que los 6 hombres obligaban a los de Bill a subir, amenazándoles con la boca de sus pistolas. Levantó la mirada en busca de algún vehículo en el muelle: pero no había ninguno a la vista. De pronto se le ocurrió algo, y se volvió a los marineros indígenas del bote.

—¿De quién es esa bicicleta? preguntó en el momento en que los dos taxis emprendían la marcha.

Y señaló una bicicleta sujeta con una cadena a un poste al lado del desembarcadero. Uno de los marineros contestó que era suya y explicó, o por lo menos lo intentó, que le servía para ir a intervalos regulares al edificio del gobierno, para cumplir la orden recibida.

—¡Poco importa eso! le contestó Sandy. Quítale la cadena. Yo te respondo de la bicicleta. ¡Dáte prisa!

Los taxis desaparecían ya por la carretera que seguía la línea del muelle. El marinero quitó la cadena que sujetaba la bicicleta, y ayudó a Sandy a desembarcar. El muchacho montó ágilmente y emprendió la carrera: a lo lejos podía ver las luces de los dos taxis. Jamás pensó que podía serle útil el haber sido ciclista antes de entusiasmarse por la aviación.

Empezó a sudar de manera que en breve todo su cuerpo quedó bañado; pero seguía pedaleando con la mayor energía, hasta el punto de que aparentemente iban a romper-



Sandy vió cómo obligaban a sus compañeros a entrar a una casa...

sele las piernas; en cada presión sobre los pedales ponía toda su fuerza. Por suerte el camino era liso y como los taxis no corrían demasiado empezó a ganar terreno.

Cuando hubo dejado atrás las chozas indígenas de los arrabales, tuvo que hacer uso de su energía, porque los taxis aumentaron la velocidad.

El pobre muchacho jadeaba fatigado y tenía la sensación de que sus brazos y sus piernas eran de plomo. El sudor le caía a los ojos desde la frente y casi le impedía la visión.

Cuando los autos torcieron hacia la izquierda, abandonando la carretera de la orilla, Sandy avanzó con mayores precauciones. Al llegar a un lugar en que abundaban los bambúes, vió la bifurcación del camino hacia la izquierda. Por aquel camino y tal vez a un cuarto de milla más lejos se detuvieron los taxis.

Sandy se apeó, metió su bicicleta entre las hierbas muy altas, y si-

guió a pie. Vió cómo obligaban a sus compañeros a entrar a una casa cuya puerta apareció iluminada. Cuando se hubo cerrado la puerta divisó el fuego de un cigarrillo que brillaba en el exterior.

Eso le pareció suficiente; volvió al lugar en que ocultara la bicicleta, y con la misma velocidad que a la ida, regresó a la población; pero no se dirigió inmediatamente al muelle, sino que se encaminó al Hotel Simpson. Rogó al telefonista que llamase a la habitación del señor Barnes; el empleado le explicó que el señor Barnes y todos sus hombres habían salido, y además le entregó el mensaje que los últimos dejaran para él.

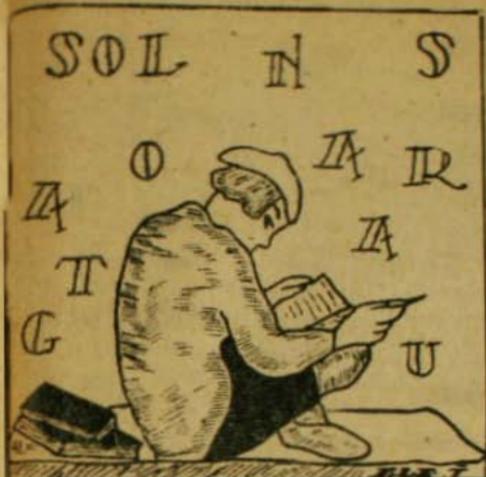
Lo leyó, y se dió cuenta de que en todo había algo raro. No había visto a Bill entre los hombres que fueron apresados en el muelle; y era muy probable que también fuese falso el mensaje enviado por el oficial del gobierno.

(Continuará)

PASATIEMPOS

El Lector, por Alei.

El Cantante, por Arpe

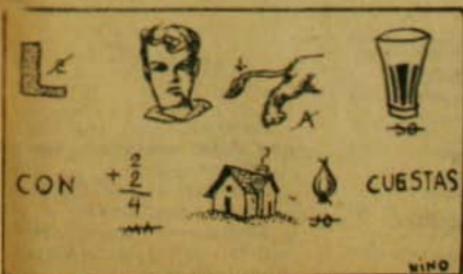


Queridos lectoreitos, junten las letras y formen el nombre de una hermosa serial que publicó la revista "El Colegial".

Jeroglífico, por Briosen



Jeroglífico, por Nino



Este cantante está cantando tres hermosas canciones muy populares. ¿Cuáles serán?...

Charada-Jeroglífico, por Cheche



Charada ilustrada, por Briosen



¡ALERTA!

El ahorro, sin lugar a dudas, es el factor principal para un bienestar seguro e independiente en el futuro. Todo lo que se requiere para ello es la práctica de una sencilla economía. La economía no requiere ni valor superior ni virtudes eminentes, basta la energía ordinaria y la capacidad de una mediana inteligencia. En el fondo, la economía es simplemente el espíritu de orden aplicado a nuestros gastos diarios.

La persona previsora, tiene que ser forzosamente una persona reflexiva, pues no vive sólo en el presente, sino que con ideas superiores hace arreglos para el futuro.

Es lamentable ver que nosotros los chilenos no nos fijamos en nuestro bienestar; derrochamos el dine-

ro a manos llenas y he aquí el motivo del por qué no surgimos.

El obrero, una vez terminada su ruda jornada de trabajo, que ha sido llena de sacrificios, recibe el correspondiente y merecido pago; pero, ¿qué hace el dinero? Lo utiliza en forma lamentable, lo derrocha en alcohol, el cual, está comprobado, trae la degeneración del individuo y de la sociedad.

¡Nosotros, los lectores de esta instructiva y amena revista, que gracias a sus esfuerzos ha logrado ya, en corto tiempo, alegrar nuestros corazones, debemos practicar el ahorro fuente que dignifica y ennoblece al hombre, a la Patria y a la sociedad.

Raúl Iturriaga A.
Santiago



RIASE UN MINUTO....



En la fotografía.
—¿Cuánto me lleva por unos retratos de mis niños?
—A cinco pesos docena.
—¡Pero, si sólo tengo dos hijos!

...

—¿Cuál es el tranvía que nunca dice por dónde va?
—El de vapor, porque sólo vapor... va-por...

...

—¿Por qué a los guardias solteros les es muy difícil sujetar a los malhechores?
—Porque como son solteros... no tienen esposas.

...

—¿Qué tal van los dibujos, señor Silvestre?
—No tengas cuidado, que no se me mojan.



—Pero qué, ¿te gusta mi perro? le llamamos Nabucodonosor.

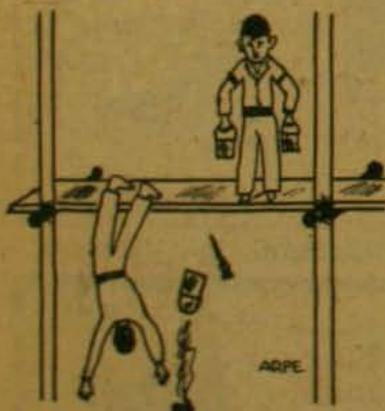
—Me parece demasiado largo.

—:o:—

Enfermo.—Me han dicho que comer pescado es bueno.
Doctor.—Sí.

Enfermo.—¿Cuánto me aconseja que coma?

Doctor.—Pues como es usted tan bruto, para empezar una ballena.



—:o:—

—Oye, ya que vas para abajo dile al encargado que se ha terminado la pintura.



Don Tranquilino responde...

Raúl Iturriaga. (Santiago).—Tus ideas y tus sentimientos son dignos de todo elogio, querido Raúl. Sigue por ese camino y llegarás a ser un hombre de provecho. Se publicará tu colaboración respecto del ahorro.

Aguila Negra.—Muy bellos y sentido tus versos para el Vergel. Agradezco muy de veras tu envío y se publicará cuanto antes. Pero, eso sí, no me confundas con el señor Director; yo no soy más que el Tío Tranquilino y ¡a tus órdenes!

Harán. (Santiago).—Los dibujos, mi querido Harán, deben venir bien contrastados; nada de medias tintas, pues de otro modo la reproducción sale muy defectuosa. Se publicará el problema "El Pozo" y "El Cocinero". Respecto de los cuentos que pides para ilustrar, te enviaremos uno en cuanto lo creamos conveniente.

Tío Atilio. (Iquique).—Mi querido colega: (¿somos o no somos tíos?), contesto a tu primera pregunta. Un dibujo doblado es reproducible; pero suele salir con defectos que lo afean. Por eso es preferible evitar los dobles. Segunda pregunta: La reducción en el fo-

tograbado no implica ciertas molestias. ¿Estás satisfecho? Publicaremos el problema de "Santa Claus" y de "El Colegial". El otro, el de "Las flores", es muy confuso. Una recomendación: trata en lo posible de buscar temas bien chilenos. Por ejemplo, en vez de "Santa Claus" podías haber hecho el viejito "Pascual".

SOLUCIONES DEL N.º 34

Letras sueltas, *por Ciro.*—Déla-no, Presidente Roosevelt.

El Hada, *por A. Roska.*—"El Colegial".

Don Quijote, *por Harán.*—"La Isla de los Cruzados".

La Niñita, *por Nino.*—Nuez, Ingenioso, Nublé, Inés, Timido, Abrigo.

PREMIOS DE LA SECCION PASATIEMPOS N.º 34.

Merecieron premios de cinco pesos, A. Roska por su dibujo "El Hada" y Harán, por el dibujo "Don Quijote".

Por haber sido muchas las soluciones recibidas del N.º 34 se sortearon, saliendo favorecidos con \$ 5.— Germán Herrada A., Los Carreras N.º 1101, Melipilla; y Teresa Fierro, Colegio Carmelita N.º 121, San Felipe.

GRAN SORTEO QUE

"EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA

EL 20 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN

DERECHO A UN BOLETO PARA ESTE CONCURSO.

CUPON N.º 25

SUSCRIBASE A

"EL COLEGIAL"

ASEGUERANDO ASI SU NUMERO PARA LA COLECCION

Oficinas Díez de Julio 1140.—Santiago.

\$ 50 al Año.

\$ 25 medio Año.

Puede llamar al teléfono 85152 para que pasen por su casa por el valor.

Los que se suscriban en el mes de Diciembre, por un año, se les regalará la colección desde el primer número.

TABACO DEL DIABLO

LOBELLA TUPA L.

Este nombre que le ha dado el vulgo, es muy acertado, pues es el tabaco del diablo, un arbusto de 1, 2 metros de altura, con todas las apariencias exteriores del tabaco común, en especial sus grandes hojas. El agregado "del diablo", se justifica por el jugo lechoso y venenoso que contienen los tallos y raíces. Causa inflamaciones en el cutis, e ingerido por vía bucal, produce vómitos, mareo y delirio; ante todo debe evitarse el contacto con los ojos. En los animales produce serios trastornos, y aún la muerte; el vulgo designa a esta enfermedad como "peste". El jugo lechoso que emana de sus tallos, atrae a las abejas, las que se uncan con un líquido que luego es mezclado en la colmena con la miel, transmitiéndole un sabor picante que la hace incomedible. Abunda en las provincias centrales y australes de nuestro país; prefiere suelos arenosos y livianos.

Posee un tallo subterráneo grueso que afirma la planta al suelo, por lo que se hace casi imposible extraer la planta con la simple mano. El tallo rojizo, está provisto de numerosas hojas oblongas, de bordes enteros son sésiles; las dos mitades levantadas de la lámina, forman con el nervio medio ancho y liso, un perfecto canal. La inflorescencia es un racimo.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).



LAS CHINCHES

Son hemípteros; insectos caracterizados por tener el aparato bucal transformado en un pico, apto para chupar. Su metamorfosis es incompleta y posee cuatro pares de alas, que a veces faltan. En algunos hemípteros, el primer par de alas se endurece en la base, mientras el ápice queda membranoso, y a ellos corresponden las chinches de las plantas, así como las domésticas de las camas, y varias de costumbres acuáticas que patinan sobre la superficie del agua, como los vulgares "zapateros", o nadan dentro de ella, como las que causan a los segadores de arroz molestos picotazos; otras andan perezosamente entre la vegetación sumergida, como el "escorpión de agua".



ROBINSON Y MOSCA EN LECHE



1. El pequeño Robinson trabajaba empeñosamente fijando unas gruesas estacas en el río para formar un puente sobre el cual poder pasar a la otra orilla. Pero Robinson se sentía cansado.



2. Robinson quería descansar bien para seguir trabajando con más ardor; por eso se decidió hacer una buena hamaca con la vela sacada del bote y colgada del cuello de las avestruces.



3. Colocó un tarro de alimentos bien a la vista de las avestruces. Estas, apenas vieron el tarro con la comida, soltaron la hamaca y corrieron hacia el tarro para darse un banquete.



4. En seguida se puso a gritar:—Voy a buscar a Mosco en Leche para darle una tunda! Mosco en Leche le oyó y decidió salvarse pasando a la otra orilla por encima de las estacas.



5. Y viendo que Mosco en Leche dormía profundamente, sin hacer nada, el pequeño Robinson resolvió descansar un poco. Y con este objeto se dirigió hacia el bote y empezó a sacar la vela.



6. Colgada esta original hamaca, Robinson se echó a dormir plácidamente. Pero envidioso Mosco en Leche, llegó para interrumpir el sueño de Robinson, valiéndose de una estratagema.



7. Robinson se dió un tremendo costalazo; pero resolvió vengarse con otra jugareta. Se acercó a los elefantes y les habló en voz baja, dándoles unas misteriosas instrucciones.



8. Pero las estacas no eran otra cosa sino las patas de los elefantes que ayudaron a Robinson en su venganza.—¡Ahí tienes, le gritó Robinson, Dios castiga pero no a balos.